



"Al patriotismo de los más sensibles"

Te sorprenderá, posiblemente, que al terminar la última página de tu libro "Amores rotos" mi mente, viajera inquieta siempre, haya retrocedido hasta la época en la que Las Américas iniciaban ese proceso de conquistar su destino que, lamentablemente, aún hoy sigue siendo una tarea incompleta. Hay en tu libro, Elizabeth, una idea tan legítima como revolucionaria de la vida y una defensa ultranza de la "femineidad latina" que me ha hecho recordar a otra mujer de hondo calado en la historia de esas Américas que antes citaba y, esencialmente, de todo lo diferencial que tiene la "cultura latina". Me refiero a la que Simón Bolívar reconoció en 1.928 como "Libertadora del Libertador", a la portadora de la banda que la acreditaba "Caballero del Sol" y en la que rezaba el lema con el que encabezó este epílogo; a la mujer que no sólo concibe idealmente la independencia latinoamericana, sino que toma parte activa en la guerra: monta a caballo, maneja las armas, es capaz de sofocar un motín... hablo de Manuela Sáenz, cuya vida es un compendio de amores y desamores, de victorias y derrotas, amén de un ejemplo de esa lucha que hace que las utopías se conviertan en realidad.

La historia y la literatura, tu talento latino, creador e indómito, se mira en el ejemplar espejo de esa Manuela Sáenz que era capaz de escribirle a su marido -el inglés J.Thorne- "contigo todo será a la inglesa porque, en cuestión de amores, la vida monótona está reservada a tu nación y eso es algo que yo, miserable mortal que me río de mí misma, de ti y de esas sociedades inglesas, ni quiero ni puedo aceptar"; mientras guardaba, para toda la vida, cartas de Bolívar en las que se repetían párrafos como este: "Mi bella y buena Manuelita, cada momento estoy pensando en ti y en el destino que te ha tocado. Veo que nada en el mundo puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y el honor. No sé cómo hacer para conciliar mi dicha y la tuya, con tu deber y el mío; no sé cortar este nudo, que Alejandro con su espada no haría otra cosa que intrincar más, pues no se trata de espada ni de fuerza, sino de amor puro y de amor culpable, de deber y de falta, de mi amor por ti". Y yo sé que ella, de haberse decidido a escribir, habría creado textos como los tuyos, Elizabeth, en los que la esperanza juega el decisivo papel protagonista que rompe con la conformidad y nos empuja a crecer.

Cada frase de "Amores rotos", cada párrafo, rubrica la sensación de ser el resultado de unos ojos de mujer que miran a su alrededor desde las pupilas del corazón... Y te leo... y me habla tu libro, Elizabeth, "de amor y desamor", de "victorias y derrotas", de "ficciones y realidades", y a mi me parece estar escuchando un bolero... reconocer en tus historias de vida esa idea feliz, que yo comparto, de los innumerables caminos o rutas iniciáticas que, en una retroalimentación constante y felizmente melancólica, definen al "existir" como la suma multiplicada de cada uno de nuestros

pasos. Alegría, pasión, nostalgia, desenfreno, tristeza, avidez, ímpetu, sosiego... victorias, derrotas, caer cien veces y levantarse ciento una... abrazar la ficción hasta convertirla en una realidad tan palpable que podamos soñarla con las yemas de los dedos... texturas de calor y calor, sangre latina, roja de verdad y tan caliente que derrite los sentidos hasta recrear, con absoluta nitidez, los climas -y sus inherentes climax- de la palabra utilizada para narrar el "hecho"...

La percepción de que sobre "Amores rotos" podríamos hablar con la mejor de las sonrisas tristes... porque, ¿quien no tiene "Amores rotos" congelados en la nevera o guardados en ese armario cuya puerta ha cerrado para siempre?. Y esa misma negación del yo, por defecto o exceso de afecto... el tránsito y la deriva del "sin ti puedo vivir, pero existo menos".

Nos regalas un "Hechizo rojo" para que sepamos que te olvidaste "de todo menos de amarle", que "Desde el otro lado del horizonte" tus palabras nos traen una "Lluvia de Rosas bordadas en espinas"... que hay un "Delicioso veneno" en esa seguridad de que "El amor nunca muere, sólo se muda"... que "Juro que te creo" cuando gritas "Dame de tu fuego / quémame en tus brazos / y bebe mis cenizas"... que "Para decirte adiós" sólo hay que tener la valentía de afirmar: "Soy mujer, como todas". Y continúo cosiendo con aguja e hilo los títulos, seguro de la excelencia del traje resultante... "Te quiero porque..." "Hoy... quiero ser..." "Amor robado", antes de que me vea en la obligación de "Matar un amor en diez actos", mientras "Me voy" a interpretar en libertad un "Concierto para dos violines" "Bajo las alas de la esperanza"...

Emocionada prosa que me va llevando hasta el éxtasis de una frase que resume el libro, con la misma timidez que hace eternas las palabras que salen del alma: "mientras todo muere, tu mirada queda"...

Si, Elizabeth, la mirada queda... queda la mirada impregnando la piel y detallando los matices realmente importantes... Y ese es el gran mérito de "Amores rotos". Los libros, al fin y al cabo, cuentan las mismas historias que los cronistas oficiales olvidan por suponerlas, erróneamente, carentes de mérito. La diferencia está en que las tuyas, y las nuestras, están llenas de vida... exactamente igual que esa canción que tanto me recuerda a tu libro -"Una rosa y un bolero"- y que guardo como un tesoro para que mi alma la tararee cuando la vida me asfixia o, también, cada vez que el recuerdo de las derrotas hace palidecer las pírricas victorias que obtienen, muy de vez en cuando, los sueños.

"Cuando el sol eche a volar
seré un lucero..."

Definitivamente, en tu libro, Elizabeth, has volado alto... tanto que lo has convertido en un mágico bolero... Y, ¿sabes?, los amores no se rompen... dicen que siguen en el alma, amando en silencio con la misma fuerza, y que sólo ceden el paso, por cortesía, a otros amores que llegan...



Xabier González